

EDMUNDO PÉREZ YOMA



CIVILES Y MILITARES

EL ROL DE DEFENSA EN LA
CONSOLIDACIÓN DEMOCRÁTICA
(1994 - 2000)

CRÍTICA

Primera edición: junio 2025

Civiles y militares
Edmundo Pérez Yoma

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito
del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este
libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o
alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial

© Edmundo Pérez Yoma
© Editorial Planeta Chilena S. A., 2025
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

ISBN: 978-956-9993-73-2
Registro de propiedad intelectual: 2025-A-2742
Impreso en: CyC Impresores Ltda

CIVILES Y MILITARES

El rol de defensa en la consolidación
democrática (1994 - 2000)

Edmundo Pérez Yoma

CRÍTICA

●

Índice

Presentación	9
--------------------	---

Introducción

Capítulo I. El ascenso de Frei y su defensa	17
Capítulo II. Consolidación democrática y modernización . . .	29
Capítulo III. Un ministerio enfocado en la defensa nacional .	41

Parte 1

CIVILES Y MILITARES: EL ENCUENTRO DE DOS MUNDOS

Capítulo IV. La obediencia de Pinochet y el mundo militar. .	53
Capítulo V. Autoridad política y subordinación militar: un nuevo orden en defensa	79

Parte 2

EJERCICIOS DE AUTORIDAD CIVIL

Capítulo VI. Los viejos guardianes y la democracia	103
Capítulo VII. Desacato y renuncia de Stange	113
Capítulo VIII. La detención de Manuel Contreras	133
Capítulo IX. El retiro de los generales, la última transición. .	171

Parte 3

RETOMANDO EL HILO DE NUESTRA HISTORIA

Capítulo X. Cara a cara frente a nuestras heridas: la Mesa de Diálogo	209
Capítulo XI. Palabras finales.	247
Agradecimientos	253

El ascenso de Frei y su defensa

En medio de la efervescencia que siguió a la victoria del NO en el plebiscito de 1988, Genaro Arriagada —director de la campaña del NO— comprendió, no sin astucia, que nos encontrábamos en un momento único para imaginar el futuro de la nación. Nuestro partido, la Democracia Cristiana, era el favorito para liderar el primer gobierno elegido democráticamente tras el fin de la dictadura. Asegurar el triunfo era solo el primer paso para un nuevo desafío: preparar una candidatura presidencial.

—Eduardo Frei Ruiz-Tagle.

La propuesta de Genaro nos tomó a todos por sorpresa. ¿Por qué Frei? Parecía una ocurrencia arbitraria, sin mayores antecedentes. Pero tenía sentido. Bastaba con pronunciar su nombre para comprender por qué de pronto parecía un candidato potente o, al menos, competente. Por alguna razón, sin embargo, seguía sin parecerme una idea atractiva. Genaro insistía:

—Tenemos una gran oportunidad acá. Podemos formar un proyecto serio, con gente nueva y capacitada. Es una oportunidad buena para el partido también; de tomar el legado de su padre y la DC bajo el nombre de Frei para actualizarlo, hacer grandes cosas. Eduardo tiene oído y mucho tino.

Nosotros, además, hemos hablado ya mucho de lo que necesita este país, si lo tenemos claro...

Yo no lo tenía tan claro. Genaro, en cambio, al parecer sí lo estaba, o al menos mostraba mucha seguridad al respecto. Estábamos de acuerdo en que con el apellido Frei la carrera ya estaba parcialmente corrida. Pero Eduardo no tenía una experiencia política muy destacada, no lo suficiente para presentarse como candidato sin más. Había que trabajar, y mucho. Sin llegar a convencerme del todo, seguí a Genaro en la empresa de encauzar una candidatura más bien ignota para ese momento. El primer paso era hacernos un lugar en las elecciones de la junta del partido donde se decidiría el candidato presidencial que nos representaría como bancada. Le planteamos a Eduardo la idea una tarde y, acto seguido, comenzamos a trabajar para esa instancia. De ganar, la presidencia era prácticamente nuestra. No obstante, teníamos en frente a tres nombres cuyo peso hacía dudar la plausibilidad de una propuesta como la de Eduardo: Andrés Zaldívar, Gabriel Valdés y Patricio Aylwin. Los tres tenían intenciones de presentarse, lo que planteaba para nosotros un panorama complejo. Tiempo después, a mediados de noviembre de 1988, Zaldívar comprendió que esto era una carrera no solo por la presidencia del partido, sino también una carrera anticipada por la presidencia de la República. Sus preferencias estaban en el Senado, de modo que decidió concentrar sus fuerzas en una campaña parlamentaria y se bajó de la competencia. Quedó vacante el cupo para un tercer candidato. Debía de ser el nuestro.

Lo primero era ganar fuerzas en el partido. Un ala del equipo que comenzó con Valdés se interesó por nuestra propuesta y se sumó a nosotros. Logramos formar un equipo técnico contundente. Por mi parte, me encargué de convencer a Belisario Velasco —uno de los personajes del “grupo de los 13” que firmó en contra del golpe de Estado con mayor

peso en el partido—, pidiéndole que por favor nos ayudara¹. Sin vacilar un segundo aceptó la propuesta, y junto con Ricardo Hormazábal, amigo suyo con influencia en el partido y aspirante a convertirse en senador,² sumaron los primeros adherentes del grupo de los “chascones”, el ala más cargada a la izquierda en la DC.

Y así, comenzamos a recorrer el país sumando a los primeros militantes del partido en el proyecto Frei. Si conocíamos a las bases —pensábamos— podíamos tener una oportunidad real de competir. Por ello, nos propusimos visitar cada sede del partido habida y por haber en este país. En lo que me respecta, junto con Ricardo Hormazábal y Patricio Basso, ingeniero matemático con compromiso admirable hacia el partido, recorrí el norte entero. Pero llegábamos tarde: cada sede del partido a la que nos presentábamos nos aportaba una adhesión mínima de nuevos militantes. Ya habían pasado los equipos de Aylwin y Valdés. Lo recorrimos todo. Eduardo, con su discreción característica, sacó provecho del silencio como una muestra de escucha y atención a las demandas de las bases. Algo obtuvimos. Sin embargo, la sensación se volvía cada vez más nítida: no teníamos ninguna chance.

Pero aun así, el punto decisivo es que habíamos formado un lote de votos potenciales que alertó a cierta parte del partido. Si bien era más o menos seguro que no íbamos a ganar, había que decidir si, por lo menos, íbamos a presentarnos. Y titubeamos. ¿Valía la pena? Teníamos que conversarlo, y, sobre todo, asegurarnos de que Eduardo estuviera realmente dispuesto. Una tarde nos juntamos en casa de Eduardo junto con Genaro, Alejandro Foxley —entonces director del CIEPLAN y futuro ministro de Hacienda—, Jaime Celedón —

1. Ese mismo año terminaría convirtiéndose en el jefe de la campaña en regiones de la candidatura de Aylwin y, tras la victoria en diciembre de 1989, se convertiría en subsecretario de Interior.
2. Aspiración que logró en esa misma campaña, convirtiéndose en senador por la Región de Coquimbo.

quien en ese momento no solo era un reconocido actor, sino un activo y devoto militante—, Francisco Frei Ruiz-Tagle—a la sazón no solo hermano de Eduardo, sino también amigo y compañero de partido— y yo. Nos sentamos a tomar la once en el comedor de Eduardo, y luego de unos minutos de distensión alguien, cuyo nombre no recuerdo, alzó la voz y fue directo al grano:

—Ya Eduardo ¿vas a ir? ¿Estás seguro?

Él se tomó un tiempo para pensarlo. Ignorando la impaciencia que nos gobernaba al resto, permaneció impasible durante un buen rato. Y al cabo de unos minutos, respondió con determinación:

—Sí, voy.

Nos quedamos en silencio. Estaba decidido a competir. ¿Y nosotros? Al parecer, ya no tanto. Al menos así lo sentí en ese momento. No parecía ser solo yo quien recibió su respuesta con inseguridad. Era palpable. Nuestras reacciones fueron torpes, vagas, imprecisas. Esperamos a que la cordialidad dictara el momento correcto y nos retiramos en relativo silencio.

“Eduardo será candidato”, pensé incesantemente camino a mi casa. Seguramente le ocurrió lo mismo a los demás asistentes. Muchos éramos, en más de algún sentido, novatos, y la idea de estar, de pronto, compitiendo por una plaza presidencial del partido en tales condiciones políticas e históricas hizo de la inseguridad un sentimiento extendido. La propuesta de Genaro que, en principio, nos tentó a todos, ahora tenía un carácter distinto. De cerca, ya no era una fantasía: era una responsabilidad. Y la verdad es que siempre lo fue, pero es diferente cuando su realización se encuentra próxima; cuando el proyecto empieza entonarse como real. Se afina su peso, y su dificultad se vierte, de pronto, sobre las capacidades y limitaciones propias.

Así, lo prudente parecía retirarse de la carrera. Pero no fue necesario. Llegó febrero de 1989, el día de las elecciones en

la junta, y era el turno de que los tres candidatos hablaran frente al partido. Aylwin, Frei y Valdés: en ese orden. De modo que, sin vacilar un momento, don Patricio pasó adelante y pidió a los periodistas que se retiraran de la sala, pues esto era para hablar “entre familia”. Tras su retirada, Aylwin comenzó a desfundar la elocuencia de un discurso propio de quien está llamado a asumir el peso de las circunstancias históricas que lo esperaban. La sala se convirtió inmediatamente en un escenario dispuesto a su compás. En primera fila, me tocó atestiguar la seguridad con la que se dibujaba la figura del próximo presidente de Chile y lo comprobé cuando miré a mi derecha: sentado a mi lado, Francisco Frei me devolvió la mirada, y ante la rasposa verdad que se vertía sobre nosotros, nos dijimos, con humor:

—Estamos cagados. Hasta aquí nomás llegamos.

Aylwin terminó su discurso, y el ánimo que había inaugurado no tuvo razón de detenerse. Tanto que Gabriel Valdés, hasta ese momento su contrincante de mayor peso, tomó la mano de Patricio y sentenció con entusiasmo:

—¡Este es el próximo presidente de Chile!

Ante ello, toda la junta se puso de pie y coreó “¡Aylwin, Aylwin, Aylwin!”. Se acabó la carrera. Ni siquiera hizo falta que hubiera votación alguna. Tampoco bastó mucho tiempo para obtener el apoyo de toda la Concertación, y fue proclamado públicamente como su candidato en julio de ese año.

* * *

Pero nuestro proyecto político no terminó con el discurso alentador de Aylwin en febrero de 1989. El trabajo en las presidenciales del partido había rendido sus frutos: el nombre de Eduardo se había instalado como una posibilidad y como un proyecto político prometedor, con un apoyo particular de las bases del partido. Las jornadas de escucha a lo largo del país habían comenzado a fortalecer un respeto particular por

la figura de Frei: ahora se nos ofrecía la oportunidad de postular a Eduardo como senador de la República en el cupo de Santiago Oriente, con chances reales de lograrlo. Así, mientras Aylwin acomodaba su victoria para las elecciones de 1989, nosotros nos enfocamos en la campaña senatorial de Eduardo que, con éxito, se convirtió en el candidato senatorial más votado de la historia de Chile hasta la fecha. Lo que sucedió con Aylwin es historia conocida: el 14 de diciembre de 1989 se impuso tranquilamente ante el candidato del pinochetismo, Hernán Büchi, y fue electo como el primer presidente de la transición.

Sin embargo, los próximos años como equipo político de Frei no prometían demasiado. Es decir, durante el periodo de Aylwin nuestro quehacer político fue más bien mínimo. Por razones en las que a estas alturas no vale la pena profundizar, el presidente electo nos relegó a cargos políticos secundarios. Sin ir más lejos, ninguno de los articuladores del proyecto Frei, ni siquiera Genaro —cuya contribución fue fundamental en la recomposición de los lazos con los socialistas tras el retorno de la democracia y en la campaña del “No”—, fuimos considerados en el gobierno de Aylwin. Salvo Foxley, quien, a pesar de no haber sido un “articulador” del proyecto, sí fue un aliado importante en la etapa final del mismo.

Estuvimos sumergidos en una relativa quietud política que terminaría con las elecciones internas del partido, en diciembre de 1992. Unos meses antes de las elecciones internas ya se discutía la sucesión del presidente Aylwin, de modo que las elecciones del partido generaban un revuelo político enorme: el próximo presidente de la DC sería, con toda seguridad, también un contendor de peso para la presidencia de la República. Que Frei fuera un candidato fuerte aún no era seguro; faltaba que su nombre fuera una propuesta lo suficientemente atractiva al interior del partido. El cauteloso y correcto desempeño de Frei no se comparaba, por ejemplo, con la visibilidad que la economía bullente le otorgaba al

ministro de Hacienda, Alejandro Foxley. De buenas a primeras no parecía una propuesta prudente, o por lo menos, segura. Sin embargo, yo estaba convencido de que, de hacer una buena campaña, lo lograríamos: había que formular los planes programáticos pertinentes y articular a los actores necesarios. Nuestra oportunidad florecía nuevamente. Y así lo vio también Genaro, luego de un tiempo:

—El candidato tiene que ser Frei —me dijo luego de volver de Estados Unidos, desde donde había seguido atentamente la política chilena. El PDC había obtenido muy buenos resultados en las elecciones municipales de junio de 1992, lo que confirmaba la fortaleza del partido de cara a la próxima presidencia.

Y esa era nuestra convicción: Frei debía ser el próximo presidente de la DC. Al igual que cuatro años antes, encauzar a Eduardo en el proyecto no fue difícil. Apenas hablamos con él nos mostró su interés y seguridad; el partido, sin embargo, no mostró el mismo entusiasmo. En ese momento, se percibía una evidente hostilidad en el ambiente hacia la mera idea de presentar a Eduardo como candidato. Los rumores esparcidos por la prensa sobre las aspiraciones de Frei de convertirse en presidente del partido fueron, sin exagerar, escandalosos. En reuniones de consejo se cuestionaron fuertemente sus intenciones. Se habló de su falta de experiencia y poca vida en el partido. Y la razón no era solo su supuesta novicia en la política: postular a Eduardo era percibido como una afrenta ante la posibilidad —en apariencia más lógica— de candidatear figuras destacadas del gabinete de Aylwin, con buen desempeño y cercanía a la experiencia de gobernar. Sin embargo, a pesar de las objeciones, la candidatura de Frei era válida por principio. Cualquiera fuera el caso, se trataba de un senador y miembro del partido con el mismo derecho que todos. Y así lo dijo tajantemente Jorge Pizarro para cerrar la discusión en el Consejo.

La noticia de que nos íbamos a candidatear a la presidencia del partido se esparció en cosa de días. Prontamente recibimos el llamado de Edgardo Boeninger, quien fuera uno de los personajes más importantes de la gestión política, e incluso intelectual, de la transición. Nos llamó porque Aylwin se quería reunir con nosotros. Por supuesto: se había enterado y deseaba informarse de nuestras intenciones.

Es importante recordar que, por entonces, Alejandro Foxley era el favorito indiscutido de la élite política. Tras su exitosa gestión —que gozó de un crecimiento económico sin precedentes para la época—, no hacían más que aclamarlo como el sucesor de Aylwin. Incluso un grupo de políticos comandados por Boeninger llegó a firmar una misiva para hacer presidenciable al ministro de Hacienda.

No así con Frei. En rigor, nuestra propuesta no era, bajo ningún punto de vista, sencilla. Para allanar el camino, el apoyo de Aylwin era fundamental. De ahí que su llamado —que llegó unos días después de celebrar el cumpleaños de Eduardo un 24 de junio— era particularmente relevante. Teníamos que convencer al propio presidente sobre la pertinencia de sucederlo con una figura relativamente ajena a su gobierno. Lo que estaba en juego, bien sabemos hoy, y más lo entendía entonces Aylwin, no era menor: asomándose el término de su gobierno las relaciones con los militares se encontraban en un estado crítico, y la posibilidad de avanzar con reformas fundamentales seguía viéndose entorpecida (volveré sobre esto más adelante). La consolidación de la democracia debía quedar en buenas manos, y era natural que el mandatario confiara en aquellos que conocía mejor.

El encuentro con el presidente tuvo lugar en mi casa. Asistimos Eduardo, Genaro y yo. A don Patricio lo acompañó Boeninger. El presidente se dirigió directamente a Eduardo y lo bombardeó con preguntas sobre sus visiones, planes, opiniones del país, del Gobierno y la oposición. Frei respondió cada una de las preguntas con serenidad y prudencia.

Aylwin veía que el temple de nuestro candidato era, como mínimo, prometedor. A medida que entregaba sus visiones de manera escueta, sencilla, pero sumamente asertiva, convencía de que tenía algo así como “el carácter para el cargo”. Pero de pronto, a Aylwin le hizo falta no solo saber qué era lo que pensaba sobre tal o cual tema, sino que era ineludible conocer qué planeaba precisamente.

—¿Cuál es su proyecto? —le preguntó.

La pregunta comportaba un escenario verdaderamente complejo. Porque bien sabíamos que al pronunciar la palabra “proyecto” el presidente se refería también a las intenciones y objetivos involucrados en la candidatura. Y entre ellos debía de estar —por lo menos a la vista— la presidencia de la República. Lo que hiciese en el mando del partido tenía que coordinarse, a su vez, con un proyecto mayor: el del futuro gobierno. Eduardo debía dar una respuesta lo suficientemente medida como para no favorecer la impresión de ser un político novicio con ambiciones irrealizables e ingenuas. Y probablemente tenía esto mismo en mente mientras se tomaba unos segundos antes de contestar. Al indicar que esto se trataba, en realidad, de un proyecto que todavía era artesanal, pero que contaba con el equipo y el apoyo necesario, fue como si hubiese exagerado la necesidad de “medir” la respuesta. Porque “artesanal” parece, a primeras, una respuesta completamente insatisfactoria, incierta. Como si el proyecto aún no fuese nada, o por lo menos, nada más que una idea en elaboración. Pero la verdad es que, en ese momento, la seguridad con la que entonó tal frase nos dejó a todos contentos. Se refería —y en eso Aylwin asentía—, a que era un proyecto cuyas bases estaban presentes, pero hacía falta formularlas con mayor detenimiento y consulta. Y para ello contaba con un equipo adecuado. Pero más que eso no podía decir: explicitar allí mismo la intención de la presidencia de la república podría parecer precipitado. Sin embargo, don Patricio no demoró en sugerirlo de forma directa:

—Pero esto significa que usted no solo quiere la presidencia del partido. Imagino que pretende también la presidencia de la República.

—Sí. Si todo sale bien, me gustaría ser presidente de la República —respondió Eduardo.

—Muy bien.

Con dicha sentencia don Patricio se retiró. El resto nos levantamos con la sensación de que la frase quedó petrificada, como si estuviera diciendo “comprendo”, seguido de “me parece bien” y, finalmente, “lo apoyo”. Era una suerte de sentencia que abría paso al proyecto, y lo hacía con el oxígeno de aprobación que necesitábamos. Esa tarde, en mi opinión, comenzó el fin de la candidatura de Foxley, y durante los meses que siguieron trabajamos intensamente en la candidatura de Frei para las elecciones internas de diciembre.

Pero el apoyo de Aylwin no se traducía automáticamente en un ambiente favorable a nuestra candidatura. Necesitábamos otras caras dentro del partido. Así y todo, insistíamos en que no solo era defendible la validez de la candidatura, sino que además estábamos seguros de que ganaría con holgura. Confiaba en que Eduardo contaba con un apoyo importante dada su relación permanente con las bases del partido. Y con dicho respaldo a la mano debíamos empezar a trabajar en una campaña que nos permitiera movilizar una imagen sólida de Eduardo en la bancada. Nos pusimos manos a la obra. Necesitábamos reclutar a las piezas claves para ganar apoyo: otra vez Belisario Velasco y Ricardo Hormazábal por el ala de los “chascones”, y Gutenberg Martínez, líder del grupo de los “guatones”, el sector más conservador del partido, y en ese momento, el mayoritario. Este último era fundamental. Tenía influencia dentro y fuera del partido, y, sobre todo, buenas relaciones con el presidente Aylwin. No fue fácil convencerlo. Luego de semanas de deliberación, finalmente aceptó. Y con su perspicacia distintiva, me dijo que imagi-

naba que esto se traduciría en una candidatura presidencial. Le respondí que sí.

—OK —me dijo con tono expectante y seguro.

Con el apoyo de “Gute” ya comenzábamos a asegurar la elección del partido. De un comienzo con altercados y lleno de sospechas, pasamos a tener gran parte de la tarea hecha. Las elecciones del partido las ganamos con un apabullante 70% de los votos, y Eduardo fue proclamado presidente del partido el 13 diciembre de 1992. El camino hacia La Moneda estaba relativamente despejado.

No va al caso el detalle de las primarias que luego tuvieron lugar al año siguiente. Detenerse en las algarabías que se produjeron en la negociación con el Partido Socialista y la candidatura de Ricardo Lagos me parece un episodio mínimo e irrelevante en el trayecto de nuestro proyecto puesto que, independiente del tipo de acuerdo, lo seguro es que la candidatura iba ser favorable al Partido Demócrata Cristiano. Confiaba en la fuerza que había adquirido el nombre de Frei —favorecido también por el peso de su historia— y la legitimidad del gobierno de Aylwin para aventajar a la Democracia Cristiana con holgura. Y así, el 23 de mayo de 1993 ganamos las primarias tal como se había anticipado y según el sistema que se acordó, con más del 60% de los votos. Días después, el 30 de mayo, celebramos en el edificio Diego Portales la proclamación de Eduardo Frei como el candidato para la Concertación. Era momento ya de afinar nuestro proyecto para las elecciones de diciembre.

Casi de forma inmediata, Genaro, Eduardo, Francisco Frei y yo comenzamos a demarcar “artesanalmente” los principios rectores de la futura gestión. Lo habitual era que Genaro llegara a las reuniones con una idea central, la que depurábamos hasta llegar a definiciones concretas y detalladas. A medida que el proyecto tomaba forma y se iba plasmando en reuniones, discursos y entrevistas, nuestro equipo se fue ampliando con la incorporación de valiosas personas como

Carlos Figueroa —exministro de Economía de Frei Montalva y entonces embajador en Argentina— e Ignacio Walker —quien, como director de Relaciones políticas en la SEGEOB³ mantenía relaciones cercanas con figuras importantes del gobierno—, pero también con las preocupaciones, ocurrencias y discrepancias que íbamos recogiendo en el camino. Fuimos mal llamados el “círculo de hierro” por la prensa, lo que iba totalmente en contra de nuestros principios, puesto que sugería la imagen de un grupo cerrado, fuerte y frío, cuando de verdad lo que trabajamos fue el diálogo permanente y la búsqueda activa por sumar más gente en el proyecto.

La confección del programa fue conducida por Genaro con la colaboración de figuras políticas estratégicas como las del socialista Osvaldo Puccio, el PPD Marco Colodro y Benjamín Teplizky por los radicales, y sobre todo, gracias a la conformación de cerca de treinta comisiones con la participación transversal de los partidos de la Concertación. Por mi parte yo asumí la dirección ejecutiva de la campaña. El espíritu del planteamiento, que partimos por introducir nosotros y que luego se articuló en un proyecto voluminoso y acabado, obedecía a dos grandes pilares que habíamos identificado con anterioridad y que se convirtieron en una suerte de lema grabado en piedra para la campaña y posterior gestión de Frei: la consolidación democrática y la modernización del Estado.⁴

3. Ministerio Secretaría General de Gobierno.

4. Ver “Un gobierno para los nuevos tiempos: bases programáticas del segundo gobierno de la concertación”. Biblioteca Digital U. de Chile, 1993.